

# La sublimación del volcán: el Teide en la literatura de viajes francesa

José M. Oliver  
Clara Curell  
Cristina G. Uriarte  
Universidad de La Laguna

Teide admirable, prends ma vie!  
*André Breton*

El Pico del Teide, esa montaña de 3.718 metros que se erige en el centro de la isla de Tenerife, ha constituido desde siempre una referencia ineludible en la literatura viajera en relación con Canarias, tanto por su carácter simbólico y sugerente como por haberse convertido en un objeto de estudio constante para historiadores, geógrafos, astrónomos o geólogos. En este trabajo<sup>1</sup> nos proponemos abordar ambos aspectos, haciendo un especial hincapié en la experiencia subjetiva que el encuentro con el volcán produce en el viajero francés y en el modo en que la traslada al lector. Nos circunscribiremos, en esta ocasión, a los siglos XVIII y XIX y a los primeros años del XX, por ser éste el período más fructífero en cuanto al número de relatos, así como por la calidad que encierran.

Por lo que respecta al primero de los factores apuntados, la dimensión alegórica de esta montaña, debemos empezar diciendo que en ella convergen una serie de elementos que le imprimen una especial predisposición para engendrar mitos, a la par que generan un indudable poder de atracción, como son su ubicación, su altura y su esencia volcánica.

---

<sup>1</sup> Este estudio se inscribe dentro del Proyecto de Investigación BFF2002-02483 del Ministerio de Ciencia y Tecnología y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional.

Así, el hecho de estar emplazado en un espacio insular —a lo que se debe añadir su aventajada situación central dentro de él— ha hecho que isla y volcán se hayan identificado o incluso confundido<sup>2</sup>, y que, por tanto, el Teide comparta la carga mágica propia de este tipo de territorios. Como es sabido, en todas las épocas y en todas las latitudes las islas han sido un continuo foco de atención en tanto que lugar privilegiado en el que se desarrollan los hechos más excepcionales y maravillosos, ejerciendo una capacidad de fascinación que se mantiene inalterada hasta nuestros días. En el caso de Tenerife se añade la circunstancia de que, hasta el descubrimiento del continente americano, el archipiélago canario fue considerado el confín occidental del mundo conocido, la *ækumene* donde los autores antiguos ubicaron, al igual que en los otros tres extremos de la Tierra, toda clase de acontecimientos y seres fabulosos. Ello explica que Canarias formara parte muy pronto de la «geografía mítica», entendida como «el espacio (real o imaginario) que acompaña, condiciona, recrea o caracteriza a la narración mítica», y que estas islas figuraran con frecuencia en textos *paradoxográficos* que hablan de fenómenos prodigiosos y extraordinarios (Martínez: 27). Así, en diversas fuentes grecolatinas, el Archipiélago aparece como un *locus amœnus*, sede de tópicos como los Campos Elíseos, las Islas de los Bienaventurados, las Islas Afortunadas o la Atlántida, por lo que no es de extrañar que los viajeros, concedores de estas historias —a las que se añade la leyenda medieval de la isla perdida de San Brandán— y de los testimonios de expediciones anteriores lleguen a estas tierras con las expectativas que les proporciona el bagaje de una larga tradición de sueños edénicos.

Por lo que concierne al segundo de los aspectos antes apuntados, hemos de señalar que su condición de elevada cumbre convierte al Teide en un referente insoslayable del paisaje, punto de encuentro entre la tierra y el cielo, así como en un escenario excepcionalmente propicio para el florecimiento de lo imaginario, lo misterioso y lo insólito (Kappler: 37). De esta forma, los hombres que antaño vivían a su sombra lo consideraban el centro de su universo, al tiempo que lo vinculaban al mundo de lo espiritual otorgándole el carácter de monte sagrado; igualmente, los habitantes de las islas vecinas que lo divisaban a lo lejos lo relacionaban con diversas creencias religiosas (Tejera: 27).

Esta identidad mágica se acentúa al tratarse de un volcán y, aún más, si tenemos en cuenta que Tenerife no es sólo una isla en cuyo núcleo se alza un inmenso cráter, sino que es una isla-volcán, cuyo eje coincide con el vérti-

---

<sup>2</sup> A principios del siglo XVII, en uno de los primeros textos de la literatura canaria, Antonio de Viana explica la etimología de Nivaria, nombre latino por el que se conocía la isla, de la siguiente manera: «Niuaria se llamaua por la Nieuue // Que suele platear la cumbre altissima // Del sacro monte Teyda excelso Adlâte, // Y por la misma causa el nombre digno // De Tenerife entonces le pusieron, // Que Tener en su lengua significa // La blanca nieue, y quiere decir, Yfe, // Monte alto, y assi por el gran Teyda // Se llama Tenerife la Niuaria // Ques lo mismo que el Monte de la nieue» [f. 8v<sup>o</sup>].

ce del cono que, por otro lado, estuvo en activo hasta 1909<sup>3</sup>. El poder de la naturaleza se ha expresado, pues, reiteradamente a través de llamas, explosiones, fumarolas y ríos de lava, lo que explica que los antiguos pobladores, los guanches, lo denominaran *Echeyde*, el infierno, morada del maligno *Gua-yota*, y que la propia isla fuera conocida, desde antes de su «redescubrimiento»<sup>4</sup>, con el nombre de *Isla del Infierno*, tal como lo atestiguarán durante mucho tiempo la cartografía y algunos textos.

Paralelamente a esta dimensión legendaria, el Teide ha constituido, desde una perspectiva estrictamente objetiva, un notable foco de interés debido, en un principio, a su estratégica localización geográfica. Recordemos, en este sentido, que a lo largo de los siglos las Islas Canarias han ido consolidando su carácter de «îles-carrefours» en las rutas que unen a Europa, África y América (de la Rüe: 126). En concreto, a partir del siglo XVIII, el progreso de las ciencias de la navegación alentó a los distintos gobiernos europeos a organizar grandes expediciones marítimas en las que un notable afán expansionista se mezclaba con móviles comerciales y científicos. En esta desenfadada competición, las ventajas que ofrecía el puerto de Santa Cruz, junto al reclamo que representaba su más alta cumbre, hicieron de Tenerife no sólo la primera escala obligada para el aprovisionamiento de agua, vino y productos frescos, sino también un territorio idóneo para llevar a cabo experimentos de diversa índole.

No hay que olvidar, por otra parte, que la fascinación de los naturalistas por ascender a los volcanes viene de antiguo —de hecho, ya Plinio hablaba de ello— y que los avances que supusieron las teorías de Copérnico, Kepler, Galileo y Newton hicieron que, poco a poco, se fuera perdiendo el temor a las manifestaciones de la naturaleza y que estas montañas dejaran de ser consideradas parajes peligrosos para convertirse en un atractivo objeto de investigación depositario de muchos tesoros y respuestas que contribuirían al progreso de la ciencia y de la humanidad. Volviendo al Teide, los pioneros en subir a su cima con fines más o menos científicos fueron unos comerciantes británicos en el siglo XVII<sup>5</sup>, si bien las expediciones más relevantes tuvieron

---

<sup>3</sup> En efecto, en noviembre de 1909 tuvo lugar una erupción menor, que dio lugar a la aparición de un nuevo cráter, el Chinyero, mientras que la última gran erupción del Teide se produjo en la noche del 8 al 9 de junio de 1798 (Romero: 144-159 y 332-340).

<sup>4</sup> Se considera que las Islas Canarias fueron «redescubiertas» a finales del siglo XIII, a raíz de diversas expediciones de exploración y saqueo protagonizadas fundamentalmente por navegantes italianos y catalano-mallorquines.

<sup>5</sup> La noticia de la primera de estas ascensiones se debe al arzobispo Thomas R. SPRAT (in *History of the Royal Society*, 1667, pp. 26 y ss.), quien relata los fines científico-comerciales que perseguían Thomas Bridges, un tal Clappham, George Cove, John Cowling, Philips Ward y John Webber, y el valor de los hallazgos (sobre todo minerales) que encontraron. Muy probablemente, fueron estos viajeros los que protagonizaron una célebre anécdota ante el embajador español en Londres y que Voltaire inmortalizaría en 1736 con estos versos: «Du dernier roi d'Espagne un grave ambassadeur // de deux savants anglais reçut une prière; // ils voulaient, dans l'école

lugar a partir del siglo XVIII y estuvieron protagonizadas principalmente por franceses que no dejaron de consignar por escrito su empresa. De esta manera se consolida una fecunda relación textual entre Canarias y Francia, iniciada ya a principios del siglo XV<sup>6</sup> y que se extiende hasta nuestros días. El legado de esta experiencia insular ha constituido una fuente documental de primer orden que no sólo ha permitido interpretar, y en parte reconstruir, la historia de las islas y la idiosincrasia de sus habitantes, sino también procurar un mejor conocimiento de su medio natural y físico, de sus distintas realidades sociales y económicas, etc.

Antes de entrar de lleno en nuestro estudio, creemos conveniente, con el fin de contextualizar nuestro corpus, hacer un sucinto recorrido por los principales hitos de la narrativa viajera relativos al Teide durante el período en el que nos hemos centrado. Como veremos a continuación, se trata de un conjunto de textos que, a pesar de cierta heterogeneidad formal, tienen en común que son el fruto de expediciones científicas. El hecho de que Canarias se convierta en un objetivo para este tipo de campañas se remonta al siglo XVII, cuando, ante los frecuentes actos de piratería que sufrían los barcos franceses en el Atlántico, su gobierno se vio en la necesidad de delimitar fidedignamente la altitud del Pico de Tenerife y la longitud del meridiano de la isla de El Hierro (conocido desde Ptolomeo como el primer meridiano), pues ambos eran puntos de referencia ineludibles para los marinos europeos en la navegación hacia América y las tierras australes. En esto consistió, precisamente, la tarea que la *Académie Royale des Sciences* encomendó en 1724 al astrónomo Louis Feuillée, quien, a pesar de los errores que cometió en sus mediciones, fue el primero en descartar la idea tradicional de que esa montaña era la cumbre más alta del globo<sup>7</sup>. Con el mismo motivo viajó a Tenerife Jean-Charles Borda en 1771 y en 1776, logrando determinar en su segunda visita la altura exacta del Teide.

---

apportant la lumière, // de l' air qu' un long cristal enferme en sa hauteur, // aller au haut d' un mont marquer la pesanteur. // Il pouvait les aider dans ce savant voyage; // Il les prit pour des fous, lui seul était peu sage». (Voltaire: *Épître 52*, in <http://visualiseur.bnf.fr/Visualiseur?Destination=Gallica&O=NUMM-89871>, documento electrónico consultado el 20/03/2004).

<sup>6</sup> El papel desempeñado por los viajeros franceses ha sido fundamental y está unido de manera ineludible a la misma historia de Canarias, pues fueron precisamente dos mercenarios franco-normandos al servicio de Enrique III de Castilla, Jean IV de Béthencourt y Gadifer de La Salle, quienes conquistaron el Archipiélago entre 1402 y 1405. La crónica de esta empresa, dada a conocer con el nombre de *Le Canarien*, fue redactada unos años más tarde por los capellanes de la expedición, y constituye no sólo el primer documento histórico y el primer libro de viajes relativo a estas islas, sino que también es el primer texto de la historia transatlántica francesa. En cuanto a la literatura de viajes francesa relacionada con estas islas remitimos a la obra dirigida por Pico y Corbella que se referencia al final de este trabajo.

<sup>7</sup> Los nuevos métodos e instrumentos de medición hicieron posible que, a mediados del siglo XVIII, se determinara con exactitud la altitud del Teide y fueran reconocidas otras montañas (el Mont Blanc, el Chimborazo o las cumbres del Himalaya) como más elevadas.

Entre las escalas técnicas de esas circunnavegaciones a las que antes nos referimos, destaca la que comandó el conde de La Pérouse, que recaló en estas tierras en agosto de 1785 en su periplo hacia las costas septentrionales de América y Asia y a los mares del Sur. La misteriosa desaparición de las dos fragatas que componían la expedición determinó que el gobierno francés enviara en su búsqueda una misión gobernada por el almirante Bruny d'Entrecasteaux siguiendo la misma ruta que el malogrado marino. Al llegar a esta isla los hombres de ciencia que formaban parte de la tripulación aprovecharon su breve estadía para subir al Teide y llevar a cabo diversas observaciones, tal y como se recoge en el relato del botánico Labillardière. El último navío francés del siglo XVIII que surcó estas aguas fue el que capitaneó en 1796 Nicolas Baudin, de cuyo viaje se conserva un interesante manuscrito de su diario, además de la interesante relación del naturalista e historiador André-Pierre Ledru. Pero, sin lugar a dudas, la campaña con destino al Pacífico que emprendió Baudin cuatro años después fue la más fructífera para el Archipiélago, proporcionando documentos sobre esta región de notable calidad y valor. Sin ánimo de ser exhaustivos, cabe reseñar, además del voluminoso diario de a bordo del propio Baudin, las obras de Bory de Saint-Vincent, la pintoresca crónica de Jacques Milbert y el informe de Péron.

En los albores del siglo XIX, el ingeniero Louis Cordier eligió Tenerife como destino de su séptima misión geológica. Y unos pocos años después, en 1817, atracó en las islas otra gran expedición científica, al mando de Louis de Freycinet, quien ya había tenido la oportunidad de visitarlas con Baudin; de este viaje hay que destacar la narración del dibujante de la campaña, el escritor y aventurero Jacques Arago, que regresaría veinte años más tarde.

En este apresurado paseo por los testimonios de mayor significación de viajeros franceses, llegamos a finales del año 1819, fecha en la que arriba al Archipiélago el más conocido de todos ellos, Sabin Berthelot, quien, tras una primera estancia de once años, fijó su residencia en Tenerife, donde llegó a fundar un innovador liceo, dirigir el Jardín de Aclimatación de La Orotava y ostentar la representación consular del gobierno francés en la capital de la isla, ciudad en la que murió en 1880. A lo largo de todos esos años, Berthelot fue un excelente anfitrión y fuente de información para los naturalistas europeos que llegaban a estas tierras<sup>8</sup>. Durante la primera mitad del siglo XIX, prosiguen los grandes periplos marítimos protagonizados, entre otros, por Jules Dumont d'Urville, Alcide d'Orbigny, Louis-Isidore Duperrey, el barón

---

<sup>8</sup> Sus trabajos de investigación sobre el Archipiélago abarcan aspectos tales como la historia, las costumbres, la botánica, la zoología, la geografía, la geología, la etnografía, etc., y todavía hoy su monumental *Histoire Naturelle des Îles Canaries* (escrita en colaboración con Philip Barker-Webb y publicada entre 1836 y 1850) constituye una referencia indispensable.

de Bougainville y Charles-Joseph Sainte-Claire Deville, que también nos legarán su particular visión del volcán.

Hacia mediados del siglo concluye la era de las grandes expediciones, dando paso tanto a empresas más modestas auspiciadas por particulares o por sociedades científicas, como a una nueva clase de viajero, el turista o aventurero. Así, cabe citar al conde de Beauvoir, al médico Gabriel de Belcastel, al ingeniero Bouquet de la Grye, al arquitecto Adolphe Coquet y al historiador y antropólogo René Verneau.

Los últimos autores seleccionados conocieron el Teide en la primera década del siglo XX. A finales de 1904, el diputado Louis Proust acompañó al botánico Charles-Joseph Pitard en su primera visita al Archipiélago, y juntos efectuaron a lo largo de algo más de cinco meses distintos estudios acerca de la historia y de la realidad social, física y natural de cada una de las siete islas canarias. Por su lado, en la primavera de 1910 el astrónomo Jean Mascart se desplazó a Tenerife con el fin de observar el paso del cometa Halley, previsto para aquellas fechas, y llevar a cabo otros experimentos desde la cumbre.

Una vez presentados los viajeros cuyos relatos serán la base de nuestro análisis, nos centramos ya en el estudio de las variadas imágenes y reacciones que suscita el encuentro con este mítico volcán, desde que es avistado en alta mar hasta el momento de la despedida, y que perdurarán en su memoria. Lógicamente, la tradicional ascensión al Pico se produce casi inmediatamente después de desembarcar, y son numerosos los exploradores que ambicionan coronar su cima:

Déjà le désir de la visiter hâtaït notre pensée l'instant de la libre communication; chacun projetait d'avance les excursions les plus intéressantes, et, à l'exemple de MM. de Humboldt, La Billardière, de Born, Simonoff, etc., comptait escalader le pic de Teïde, dans l'espoir de trouver encore à glaner quelques épis après les moissons abondantes de ces explorateurs célèbres (Duperrey: 19).

No obstante, esa especie de ritual en que se había convertido esta empresa no era exclusivo de los naturalistas que llegaban a Tenerife, sino que se hacía obligado para cualquier visitante, tal y como señala Bory de Saint Vincent en 1804: «Un voyageur, quand il a demeuré onze jours à Ténériffe, doit trembler en avouant qu'il n'a pas visité ce qu'il y a de plus remarquable dans l'île» (p. 78). Esta misma opinión es expresada con mayor rotundidad, si cabe, por Mascart a principios del siglo XX: «il est criminel d'aller à Tenerife sans faire l'ascension du Pic de Teyde (p. 79)». Ciertamente, no lograr ese objetivo constituía, sobre todo en el caso de los científicos, una gran frustración, como le ocurrió a Charles Darwin<sup>9</sup> en 1831, cuando una cuarentena le impidió subir al Teide, algo con lo que había soñado desde que leyó el famoso

---

<sup>9</sup> Charles DARWIN, *Autobiografía y cartas escogidas*. Madrid, Alianza Editorial, 1997, p. 275.

relato de Alexander von Humboldt *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*.

Pero antes de iniciar la excursión, volvamos con nuestros autores, que todavía se encuentran en el puente de sus naves oteando el horizonte. A medida que las embarcaciones se van acercando a tierras canarias, la monotonía de la travesía se va desvaneciendo ante la inminente aparición de la montaña de la que tanto han oído hablar y que, históricamente, ha constituido para los marinos un faro en medio del Atlántico. El viajero está tan ansioso por comprobar si su representación mental de este fenómeno de la naturaleza se verá correspondida con la realidad que, en algunos casos, le será imposible conciliar el sueño. De este modo describe D'Orbigny su estado de ánimo antes de recalar en Santa Cruz, en 1826, rumbo a Sudamérica: «ce que mes yeux, avides de nouveautés, espéraient y rencontrer, mon imagination exaltée se le représentait sous la forme de mille chimères. Dès-lors, plus de sommeil pour moi» (p. 8).

Cuando, ya a 40 leguas de la isla, los navegantes logran vislumbrar el Pico, surgen las primeras impresiones en las que se mezclan las ideas preconcebidas con las emociones más espontáneas. Péron y Berthelot nos ofrecen dos buenos ejemplos; el primero, un día antes de que *Le Géographe* eche el ancla, relata así el anhelado momento en que el Teide es avistado:

Enfin, le 1<sup>er</sup> novembre, à six heures du soir, nous eûmes la vue si désirée du pic de Teide, le mont *Nivaria* des anciens. Au milieu des îles de Palma, de Ferro, de Gomère, à l'Ouest; de celles de Canarie, de Fortaventure et de Lancerote, à l'Est, s'élève cette pointe si fameuse, connue sous le nom de Pic de Ténériffe. Sa large base étoit alors voilée par les nuages, tandis que sa cime, éclairée par les derniers rayons du soleil, se dessinait majestueusement au-dessus d'eux (Péron: 13).

Por lo que concierne al segundo, el tono sereno de lo que parecía una página más de su diario de navegación se ve alterado por la súbita visión del volcán:

Le vent et la mer nous furent propices, et le lendemain de brillantes clartés nous annoncèrent un beau jour. L'orient se peignit de couleurs diaprées; des rayons de feu perçaient déjà à travers les nuages, et bientôt le soleil, dissipant les vapeurs du matin, s'éleva radieux pour éclairer l'occident. Alors, le pic de Teyde apparut dans les airs comme un météore: sa blanche cime se détachait sur l'azur des cieux, tandis que sa base restait ensevelie dans l'épais brouillard qui nous voilait le restant de l'île. Aussitôt le cri de *terre!* retentit à bord [...] Oh, comme cette heureuse annonce fit tressaillir de coeurs! (Berthelot: 12).

La magnitud y el señorío del Pico, en lo que coinciden todos los testimonios, son realizados mediante diversos recursos literarios, como símiles o

metáforas y, de manera destacada, por la prosopopeya, que, al tiempo que lo presenta como un ser vivo de tamaño descomunal —«géant africain» (D'Orbigny: 8), «géant des montagnes» (Berthelot: 12), «géant atlantique» (Arago: 352), «colosse immobile» (Milbert: 53)—, lo dota de atributos que lo ennoblecen: «Le pic [...] se dessine majestueusement dans le lointain» (Bory: 250), «Élevant majestueusement sa tête au-dessus des nuages» (Labillardière: 7), «tête couronnée de neige» (Arago: 352), «[le] pic de Ténériffe, qui élevait majestueusement sa tête» (Duperrey: 22), «le pic de Ténériffe nous apparaît dans toute sa majesté» (Beauvoir: 7), «Elle [l'île de Ténériffe] les domine en reine des hauteurs du pic qui la couronne» (Belcastel: 9), «c'est le pic principal [...] plus majestueux par son fier isolement» (Mascart: 31). Este proceso de humanización muestra que el ancestral terror al volcán ha desaparecido, y que los viajeros prefieren resaltar incluso el aspecto amable, casi entrañable de ese coloso —«sa tête chauve» (Bougainville: 33), «coiffé de neige» (Mascart: 78)—, convirtiéndolo en un soberano vigilante, como tan acertadamente lo glosa Milbert:

Voilà le fameux pic dans toute sa majesté. Quel spectacle! Qu'il est imposant et sublime! Je fus ébloui et obligé de voiler mes yeux en y portant la main. Le pic se présentait en face, dans l'éloignement; il était entouré de montagnes dont les plans croisés et variés de mille manières se distinguaient facilement les uns des autres. [...] le sommet du pic, détaché de l'atmosphère sur un ciel du bleu le plus pur, élève sa tête majestueuse, isolée dans l'espace: il domine souverainement les autres montagnes et semble un roi au milieu de sa cour (p. 51).

A medida que se acercan más al Pico los visitantes van pasando de observarlo desde una perspectiva estrictamente científica, valorándolo tan sólo por lo que significa para el progreso del conocimiento, a captarlo de una forma más subjetiva, más sensorial, que les conduce, por fin, a un estadio superior, cual es la sublimación del paisaje. En esto, nuestros relatores no hacen más que seguir, aun sin saberlo, un camino cuyo representante paradigmático en las letras francesas es Chateaubriand, uno de los primeros escritores que, al narrar un viaje, se fue separando de los objetivos propios de una exploración para adoptar un sesgo más autobiográfico y decantarse por una representación estética de los lugares visitados. Con este novelista romántico el paisaje se convierte en un objeto literario que da lugar a lo que él mismo denomina una «poesía descriptiva», la cual no sólo tratará de reflejar los rasgos específicos de un determinado paraje, sino que también intentará dar cuenta de los efectos que esa naturaleza provoca en el ánimo del espectador: «La description du paysage suit donc un trajet qui, partant de la matière d'un concret géographique, cherche l'exploration d'une signification spirituelle» (Bescond: 96).

En efecto, frente al panorama que se despliega ante sus ojos, los viajeros seleccionan de forma inconsciente aquellos aspectos que les asombran por su carácter singular, exótico o insólito y que, en cierto modo, implican un descubrimiento respecto a su espacio habitual:

Dans la tournée, c'est un spectacle saisissant et enchanteur, décoratif et rare, grandiose, certes, mais aussi d'un aspect déconcertant. [...] Nulle part, comme à Tenerife, nous n'avons éprouvé autant de sensations exceptionnelles et variées devant une nature stérile et féconde, déconcertante, anormale, brusque, *non vue* (Mascart: 57-58 y 128).

En el proceso descriptivo que conlleva la materialización de esta experiencia subjetiva e inusual que, como es de suponer, los futuros lectores desconocen, es habitual el recurso a otras técnicas artísticas, como el dibujo; de ahí que este tipo de relatos suelen estar acompañados de láminas e ilustraciones. Sin embargo, si nos atenemos únicamente al «canal lingüístico», nos damos cuenta de que el cronista se ha visto abocado a valerse casi en exclusiva de los lugares comunes de la tradición retórica (Guyot: 101), puesto que, como ya señalaba Bernardin de Saint-Pierre, «l'art de rendre la nature est si nouveau que les termes mêmes n'en sont pas inventés»<sup>10</sup>. Efectivamente, estos escritores confiesan con frecuencia su dificultad: «Il est difficile de trouver des mots, pour rendre bien exactement la majestueuse grandeur du tableau» (Proust y Pitard: 130), o incluso su impotencia para traducir determinadas escenas y los sentimientos que suscitan: «Désespérez de traduire fidèlement sur le papier ou sur la toile ce triste paysage que vous garderez bien mieux dans vos souvenirs» (Arago: 28), «J'éprouvais intérieurement des sensations exquisés qu'il me serait difficile de décrire», (D'Orbigny: 9);

Por todo ello, con el fin de lograr su cometido —apropiarse de una realidad que han tenido la oportunidad de percibir para poder luego revelarla— y de ese modo suplir la insuficiencia de su lenguaje, emplean términos pertenecientes al ámbito de las artes plásticas, en un intento de «écrire comme on peindrait la nature» (Richard: 141). No olvidemos que la pintura es una referencia incuestionable para la literatura cuando ésta se propone representar la realidad, lo que explica que en la narrativa viajera, eminentemente descriptiva, proliferen vocablos pertenecientes a ese campo léxico. Las obras que conforman nuestro corpus nos dan buena muestra de ello: *tableau* (Ledru: IX; Milbert: 51; Berthelot: 73; Cotteau: 350; Masnou: 186; Proust y Pitard: 131), *colorer*, *dessiner* o *peindre* (Milbert: 6; D'Orbigny: 9; Le Guillou: 28; Bougainville: 33; Berthelot: 12; Dumont d'Urville: 24; Proust y Pitard: 130); e igualmente resulta llamativa la abundancia de expresiones referentes a las

---

<sup>10</sup> Bernardin de SAINT-PIERRE, *Voyage à l'île de France*. París-Amsterdam, Merlin, 1773, vol. II, p. 227.

distintas tonalidades y a sus matices —*couleurs chatoyantes et dorées* (Milbert: 52); *teinte brune* (Bory: 275); *couleurs diaprées* (Berthelot: 12); *rougeur étincelante* (Beauvoir: 7); *tache sanglante* (Beauvoir: 350), *neige rosée* (Beauvoir: 7)— que convierten estos cuadros en una suerte de arco iris: «la richesse en coloris est extraordinaire, jaunes et roux, ocre et rouges, fauves, toutes les couleurs s’y rencontrent, chaudes et harmonieuses» (Mascart: 58).

Este ejercicio de aprehensión de la naturaleza traspassa el plano de lo meramente estético, entrando entonces en juego el mecanismo de la sublimación que lleva a sentir el entorno como un enclave surreal o fantástico. De esta forma compendia Mascart, con el lirismo que le caracteriza, la multiplicidad de aspectos que concurren en este espacio insular:

Et alors, une mer de nuages éclatante et vallonnée déferle à nos pieds, nous cachant la terre, l’île toute entière, nous isolant par un merveilleux tapis aux molles ondulations, aspect féérique et divers suivant les heures de la journée, tandis qu’on peut entrevoir les crêtes des autres terres, découpées, qui se détachent en noir sur la nuée très lumineuse; parfois, une déchirure dans les nuages et, comme au-dessous de soi, très loin, la côte frangée d’écume, vision bleuâtre, presque toujours rapide et fantomatique, aussitôt évanouie, effacée par le rideau de nuages dont l’aspect monotone dissimule le travail incessant (pp. 60-62).

Como ya hemos indicado, las impresiones y sensaciones que este espectáculo despierta son casi indescriptibles, pero el afán por compartirlas con el lector les conduce a intentar transmitirles aunque sea sirviéndose de manera recurrente de lexías tales como «sublime» (Milbert: 51; Mascart: 78), «inmensidad» (Belcastel: 15; Proust y Pitard: 130); «grandiosidad» (Milbert: 7; Duperrey: 22; Bougainville: 33; Belcastel: 15; Proust y Pitard: 130; Mascart: 32); «imponente» (Bory: 289; Milbert: 51; Dumont d’Urville: 25; Bougainville: 33), «solemnidad» (Berthelot: 159), «magia» (Le Guillou: 26; Cotteau: 350; Mascart: 60), «maravilla» (Proust y Pitard: 133; Mascart: 121).

La exaltación que los viajeros sienten ante la grandiosidad de este decorado les lleva a experimentar un estado de plenitud, de felicidad: «Spectacle merveilleux, qui arracherait au plus sceptique des cris d’admiration et qui nous a fait goûter, plus qu’à aucun autre, la joie de vivre» (Proust y Pitard: 133). Pero tras ese momento cercano al éxtasis, el mismo sentimiento les hace enmudecer para recogerse en soledad en un ejercicio casi místico de interiorización, como lo expresa, entre otros muchos, Cordier:

Élevé à cette hauteur dans l’atmosphère, assis paisiblement sur cet énorme monceau de ruines fumantes, isolé dans l’Océan, veillant seul au milieu du silence de la nature, j’admirois religieusement la majesté de son sommeil, je rappelois des souvenirs, et j’attendois sans impatience l’heure où j’allois

satisfaire la curiosité qui m'ameñoit de si loin sur un des plus anciens volcans de la terre (p. 57).

Parece, de esta manera, que el volcán recobre el carácter sagrado que desde remotos tiempos se le había atribuido «C'était un spectacle magique et religieux à la fois, dans lequel se recueille la pensée; j'étais là pour ainsi dire seul» (Le Guillou: 26).

Cien años más tarde, rodeados por un silencio absoluto e impresionante, Proust y Pitard se sienten embargados por idéntica sensación:

Un calme extraordinaire règne autour de nous, pas le plus petit cri, pas le plus léger bruissement d'insecte, votre voix ne rencontre pas d'écho et les bruits de vos pas, semblent même étouffés dans ce silence de tombeau, qui vous prend tout entier (p. 131).

El silencio es, en efecto, otro de los elementos que contribuyen de forma determinante a la sublimación del Teide, pues es capaz de ahogar el más mínimo ruido para hacerse oír y así inundar con su sonido el corazón de los viajeros: «Sa solitude et son silence ont une voix qui remue l'âme dans ses profondeurs» (Belcastel: 14-15), «La nuit on *entend* un silence profond, sous un ciel lumineux et riche» (Mascart: 65).

Pero inevitablemente llega la hora de abandonar el fascinante escenario que tanto les ha turbado. Aquellos que han logrado esa compenetración con la montaña, esa especie de ósmosis con la naturaleza volcánica, no pueden evitar dirigirle unas palabras de despedida cargadas de solemnidad y también de pesar, como lo ilustran estas dos citas:

Il fallut me décider à quitter pour toujours une des plus belles scènes de la nature; je la parcourus des yeux pour la dernière fois, et j'abandonnai cette cime fameuse en lui disant à regret un éternel adieu (Cordier: 61).

Que de regrets à la pensée que nous ne reverrons peut-être jamais, le dernier tableau de cette scène merveilleuse (Proust y Pitard: 131).

Como vemos, algunos de nuestros protagonistas son conscientes de que muy probablemente no tendrán la oportunidad de volver a convivir con el Teide, por lo que ni siquiera en el momento en que dejan la isla, y se abren ante su mente nuevos horizontes, les resulta fácil desprenderse del embelesamiento que la experiencia tinerfeña les ha procurado. Entonces, el único lazo que les une al Pico es la mirada y el recuerdo que retendrán en su memoria, y a ello se aferran hasta que la imagen sublime de la montaña se desvanece a medida que los navíos se alejan:

Que si vous me reprochez une utopie, je vous dirai que là-bas, à l'horizon, pointe un cône aigu dont je crois reconnaître l'arête rapide. C'est le pic isolé de Ténériffe, à la tête couronnée de neige et de feu, il grandit, il plane sur l'abîme et projette au loin sur les flots son ombre gigantesque. Le voilà dans toute sa majesté, nous marchons, et lui, ce géant atlantique, s'affaisse, se rapétisse, plonge et disparaît comme il l'avait fait une fois (Arago: 352).

Tendremos que esperar hasta 1935 para disfrutar de una representación literaria del Teide que culmine la visión onírica esbozada por Arago. Nos referimos a las páginas que André Breton<sup>11</sup> consagra a su encuentro con el volcán canario, que componen su peculiar relato de viaje «Le château étoilé», y que constituyen «un verdadero ejercicio de imaginación, verdadera exaltación del deseo» (Casado: 341). Éstas son las palabras con las que el fundador del surrealismo culmina su personal ascensión y que nos permiten concluir nuestro trabajo con un excepcional testimonio donde se funden magia y poesía, naturaleza y mujer amada:

Bouche du ciel en même temps que des enfers, je te préfère ainsi énigmatique, ainsi capable de porter aux nues la beauté naturelle et de tout engloutir [...] Les grands lacs de lumière sans fond succèdent en moi au passage rapide de tes fumerolles. Toutes les routes à l'infini, toutes les sources, tous les rayons partent de toi [...], beau pic d'un seul brillant qui trembles!  
À flanc d'abîme, construit en pierre philosophale, s'ouvre le château étoilé (p. 109).

## Referencias bibliográficas

- ARAGO, Jacques, *Souvenirs d'un aveugle. Voyage autour du monde*. París, Horzet et Ozanne, 1839.
- BEAUVOIR, Ludovic Hébert, comte de, *Voyage autour du monde*. París, E. Plon et C<sup>ie</sup>, 1878.
- BELCASTEL, Gabriel de, *Les Îles Canaries et la Vallée d'Orotava au point de vue hygiénique et médical*. París, J.B. Baillièere et Fils, 1861.

---

<sup>11</sup> En mayo de 1935, André Breton, Jacqueline Lamba y Benjamin Péret visitaron Tenerife invitados por el grupo «Gaceta de Arte» con el fin de participar en la II Exposición Internacional Surrealista que organizó el Ateneo de Santa Cruz. Aunque Breton sabía de Tenerife por lo que le había contado el pintor Óscar Domínguez, tras ver con sus propios ojos las playas de arena negra, la exuberancia del valle de La Orotava y la singularidad de las Cañadas del Teide, sentenció que «Tenerife es la isla surrealista» (Pérez Minik: 117). Respecto al texto dedicado al Teide, hemos de señalar que, antes de ser incluido como el capítulo V de *L'amour fou*, se conoció a través de la versión española que publicó la revista bonaerense *Sur* en 1936 («El castillo estrellado», pp. 75-76).

- BERTHELOT, Sabin, *Les Miscellanées canariennes*, in Sabin Berthelot y Philip B. Webb, *Histoire Naturelle des Isles Canaries*. París, Béthune éditeur, 1839.
- BESCOND, Lucien, «Esthétique du regard et poétique du paysage chez Chateaubriand». *Revue des Sciences Humaines*, 209, 1988, p. 95-102.
- BORY DE SAINT-VINCENT, Jean-Baptiste, *Essais sur les îles Fortunées et l'Antique Atlantide ou Précis de l'histoire de l'Archipel des Canaries*. París, 1803.
- BOUGAINVILLE, Hyacinthe Potentien, baron de, *Journal de la navigation autour du globe de la frégate La Thétis et de la corvette La Espérance*. París, Arthus Bertrand, 1837.
- BRETON, André, *L'amour fou*. París, Gallimard, 1937.
- CASADO, Loreto, «A partir del signo ascendente de André Breton», in José M. Oliver (coord.), *Isla abierta. Estudios franceses en memoria de Alejandro Cioranescu*. La Laguna, Servicio de Publicaciones, 2004, pp. 337-347.
- CORDIER, Louis, *Journal de Physique, de Chimie, d'Histoire naturelle et des Arts*. París, Fuchs, 1803.
- COTTEAU, Edmond, «Ascension au pic de Ténériffe (pic de Teyde)». *Nouveau Journal des Voyages*. París, Hachette, 1889.
- DE LA RÛE, Aubert, *L'homme et les îles*. París, Gallimard, 1935.
- D'ORBIGNY, Alcide, *Voyage dans l'Amérique méridionale*. París, Pitois-Levrault et C<sup>ie</sup>, 1835.
- DUMONT D'URVILLE, Jules, *Voyage autour du monde*, in Dumont d'Urville, D'Obbiny, Eyriès et Jacobs, *Histoire générale des voyages*. París, Furne et C<sup>ie</sup>, 1859, t. I.
- DUPERREY, Louis-Isidore, *Voyage autour du monde*. París, Arthus Bertrand, 1826.
- GUYOT, Alain, «Peindre ou décrire? Un dilemme de l'écrivain voyageur au XIX<sup>e</sup> siècle». *Recherches & Travaux*, 52, 1997, pp. 99-119.
- KAPPLER, Claude, *Monstres, démons et merveilles à la fin du Moyen Âge*. París, Payot, 1980.
- LABILLARDIERE, Jacques-Julien Houtou de, *Relation du voyage à la recherche de La Pérouse...* París, H.J. Jansen, año VIII de la República Francesa [1800].
- LEDRU, André-Pierre, *Voyage aux îles Ténériffe, La Trinité, Saint-Thomas, Sainte-Croix et Porto-Rico...* París, Arthus-Bertrand, 1810.
- LE GUILLOU, Élie, *Complément aux Souvenirs d'un aveugle. Voyage autour du monde de l'Astrolabe et de la Zélée...* París, Berquet et Pétion, 1842.

- MARTÍNEZ, Marcos, «Islas míticas», in F. Díez de Velasco, M. Martínez y A. Tejera (eds.), *Realidad y Mito*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1997, pp. 10-43.
- MASCART, Jean, *Impressions et observations dans un voyage à Tenerife*. París, E. Flammarion, 1911.
- MASNOU, Dr., «Santa Cruz et La Laguna (Ténériffe)». *Bulletin de la Société Languedocienne de Géographie*, 12, 1889, pp. 185-191.
- MILBERT, Jacques, *Voyage pittoresque à l'île de France, au cap de Bonne-Espérance et à l'île de Ténériffe*. París, A. Nepveu, 1812.
- PÉREZ MINIK, Domingo, *Facción española surrealista de Tenerife*. Tenerife-Madrid, Ediciones La Palma, 1995 [1ª ed. Barcelona, Tusquets, 1975].
- PERON, François, *Voyage de découvertes aux terres australes...* París, Imprimerie Nationale, 1807.
- PICO, Berta y Dolores CORBELLA (dirs.), *Viajeros franceses a las Islas Canarias. Repertorio bio-bibliográfico y selección de textos*. La Laguna, Instituto de Estudios Canarios, 2000.
- PROUST, Louis y Charles-Joseph PITARD, *Les Îles Canaries. Description de l'archipel*. París, Librairie des Sciences Naturelles Paul Klincksieck, 1908.
- RICHARD, Paule, «*Ut naturae pictura poesis*. Le paysage dans la description littéraire au début du XIX<sup>e</sup> siècle». *Revue des Sciences Humaines*, 209, 1988, pp. 125-142.
- ROMERO RUIZ, Carmen, *Las manifestaciones volcánicas históricas del Archipiélago Canario*, Santa Cruz de Tenerife, Consejería de Política Territorial del Gobierno de Canarias, 1991.
- TEJERA GASPAS, Antonio, *Las religiones preeuropeas de las Islas Canarias*. Madrid, Ediciones del Orto, 2001.
- VIANA, Antonio de, *Antigüedades de las Islas Afortunadas*. La Laguna, Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, Universidad de La Laguna, Cabildo Insular de Tenerife y Dirección General de Cultura del Gobierno de Canarias, 1996 [Facsimil de la edición de 1604].